

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

V.

"ALFONSO, 1875"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Una entrada majestuosa

Esther quiso morir. ¿Para qué vivir sin corazón, ó, mejor dicho, con un corazón destrozado? ¿Para qué vivir sola, cuando se ha soñado una existencia feliz cerca de la persona amada, participando de todas las alegrías del amor? ¿Qué le importaban ya los triunfos de la escena, si no estaba él allí, él, que era la mitad de ella misma, para participar de sus triunfos y calmar el fuego de su alma?

Había llorado, lloraba todavía. Dios nos consuela de todo con las lágrimas. Es un manantial constante que pasa sobre todas las amarguras, que calma el fuego devorador del orgullo humillado ó del amor vendido.

La pobre joven no podía contener los latidos de su corazón.

Había visto muchas situaciones tristes en el

:

teatro; pero ninguna tanto como la suya. Parecía que jugaban con ella. ¿Cómo no había adivinado aquel hombre el inmenso amor que le profesaba? ¿Creía acaso que una comedianta no podía tomar nada en serio, porque cambia de carácter todos los días?

—¡Ay! (pensaba Esther); la comedianta no destruye á la mujer, así como el espíritu no destruye la materia. Más bien suele ocurrir que la materia destruya el espíritu en las explosiones del dolor.

Esther envió por Lili, á la que escribió: «Ven pronto; se quemá la casa.»

Lili llegó en seguida.

—Lili, te amo mucho, y quiero que conozcas mi pena. Ya sabes que mi única ambición era casarme con M. de Ravigny. ¡Pues bien!: se casa....

—¡Con otra!

—Con otra. Él mismo me lo ha dicho. Sí, estuvo aquí, y me dijo: «Tengo que dar á V. una buena noticia.» La buena noticia era la peor del mundo. Era un golpe de muerte. Lloro, Lili, llora conmigo, á ver si me consuelas. Pero no, no me consolaré nunca: todo concluyó para mí. Llevarás una carta al teatro, y tú misma dirás que me encuentro muy enferma.

Lili abrazó á su hermana, y le hizo mil caricias.

—Piensa en tus triunfos escénicos. Los espectadores te adoran. ¿No tienes una corte en tu cuarto? Si quieres ser amada, lo serás por todos. Ese Ravigny es un bestia que no te ha comprendido. Ya verás cómo no encuentra una mujer como tú. ¡Cómo! ¿Con tu carácter te dejarás abatir? Tú has nacido para triunfar de todo y de todos.

Esther empezó á reir estrepitosamente. Pero con una risa nerviosa, terrible: la risa de los locos. Se paseaba con violenta agitación.

—Tienes razón; se pondría demasiado orgulloso con mis lágrimas. Sería capaz de hacer con ellas pendientes á su mujer. Quiero vengarme, demostrándole que no le amo.

Pero en seguida murmuró como un suspiro:

—¡Me muero de amor por él!

M. de Ravigny había dicho con aire distraído, sin pensar quizás la herida mortal que acababa de abrir: «Esther, mañana la veré á V. en Hermiona.»

—Pues sí me verá (dijo ella); me verá. Quizás me muera después de la representación; pero trabajaré una vez más.

Esther no pudo conciliar el sueño hasta las primeras horas de la mañana. El sueño concluyó por calmar la fiebre; pero su espíritu estaba aniquilado con tantos sufrimientos, con tanta deses-

peración. Por otra parte, el sueño la sumergió en los sufrimientos de los celos. Aquella joven que había visto un año antes en toda la fuerza de su juventud, se le aparecía cubierta con el velo de la desposada, y le decía burlándose: «¡Qué, pobre niña! ¿creía V. que se casaría con un Marqués? V. y sus iguales pueden servir de diversión á los hombres del gran mundo; pero ellos no se casan sino con las que son como yo.»

—¡Las que son como tú! (exclamó Esther al despertar); ya te haré yo ver que las que son como tú son lo mismo que nosotras.

Entonces comprendió que Lili tenía razón. No era cosa de morir como una planchadora, suicidándose con carbón.

—Es menester vivir, para vencer y afrontar la mala suerte. Es menester vivir para imponer mi dominio. Es preciso vivir para hacer que venga á caer á mis piés M. de Ravigny, y hacerle pagar lágrimas por lágrimas.

Por la noche trabajó en Hermiona. Estaba más bella y más terrible que nunca. Se la aclamó, se la llamó, la arrojaron flores, se la adoró. Su radiante gloria llegó á su cenit. Se afirmó que era hija de los dioses, porque nunca ninguna comedianta, ni Duchegerois, ni Georges, ni Mars, habían entusiasmado de aquel modo á los espectadores del primer teatro del mundo. Se vió pasar las sombras de los grandes maestros.

Schylo, Sófocles, Aristófanés, Corneille, Racine, Molière, Shakespeare, evocadas aquella noche para proteger á aquella mujer que era un genio.

No era necesario menos para que Esther quisiera vivir.

M. de Ravigny, que estaba en las butacas de orquesta, no fué aquella noche á su cuarto. Es posible que hubiera llorado todavía, aparte de las lágrimas vertidas por el orgullo de la actriz, si un inesperado visitante no se hubiese presentado entre los príncipes de todas clases que la rodeaban.

El recién llegado asomó tímidamente la cabeza por la entreabierta puerta.

—¡ Ah! ¿eres tú?—exclamó ella.

—Sí; soy yo.

—¡ Y bien!; entra, pues.

—No me atrevo.

—Vamos; pasa pronto; ¿ qué te detiene, gran necio?

Entonces se vió entrar á un joven, cuya cabeza, adornada de reluciente cabellera, hubiera parecido vulgar, si no se hubiera visto brillar en su frente la inteligencia.

Era alto, un poco grueso, pero apuesto y gallardo.

Se inclinó delante de Esther, le cogió las dos manos, y empezó á llorar como un niño, ó como

un perro. Quería hablar, pero no encontraba más que palabras incoherentes para expresar toda la alegría de que estaba poseído.

—¿Quién es ese animal?—dijo un caballere, molesto quizás por la llegada de aquel desconocido.

Es verdad que aquel animal no había tenido el honor de serle presentado.

Esther lo había oído, y le respondió en voz bien alta, que aquel animal, del que se podían hacer cuatro como él, era su primero y su mejor amigo.

El artista se había levantado, adoptando la actitud de un Artagnan.

—Monseñor (dijo al caballere, que quizás era algún Príncipe); si quiere V. saber el nombre del animal, se llama Gargantua, y está dispuesto á comérselo á V., si esto es de su agrado.

El semblante de Esther había vuelto á recobrar su alegre expresión.

—¿Saben Vds. por qué se llama Gargantua? Por antífrasis; porque mi pobre amigo no comía todos los días cuando yo lo llamaba así. ¿No es verdad, Gantua?

—Ciertamente.

Esther reparó que su amigo llevaba guantes.

—Llevas guantes: ¡veo que no has escaseado nada para venir á verme! ¡Guantes color de paja, de tres francos y medio!

—Es menester acordarse de sus amigos.

—Pues bien, Gantua: en memoria de la época en que no teníamos nada que comer, ¡y teníamos un apetito de lobo!, cenarás conmigo esta noche en casa. Al mismo tiempo, te autorizo para que elijas los convidados que gustes entre estos caballeros.